

LAS PIRCAS INDIGENAS DE RIO FRÍO (Prov. SAN JUAN)

POR ROGELIO DÍAZ COSTA ¹

Sobre una de las márgenes del río Frío, en el departamento de Iglesia, en las proximidades del Cerro Las Tórtolas, cerca de la línea limítrofe con Chile, a casi 4.000 metros de altura, se encuentran restos de construcciones indígenas, las que han sido visitadas por los miembros de la expedición encabezada por el señor Dante Elio Adler y el autor de esta nota. (El río Frío es un afluente del río del Valle del Cura).

Llama la atención, por lo inhóspito de la zona y la altura a que las mismas se encuentran, la existencia de aquéllas, lo que demuestra que los indígenas han podido soportar las bajas temperaturas que allí se registran, con relativa facilidad. Es evidente por otra parte, que en las pircas de río Frío se alojó una regular cantidad de personas al juzgar por el número de aquellas construcciones, situadas sobre un camino que lleva a las altas cumbres, donde según diversos indicios, se encontrarían otras construcciones.

Las pircas se hallan en un llano sobre una meseta extensa flanqueadas por el río Frío y la sierra, donde no existe casi vegetación excepto en las vegas formadas por el citado río. Sus dimensiones

¹ A principios de 1954 se realizó una expedición auspiciada por el señor Dante Elio Adler, de San Juan, que tenía por objeto hallar una antigua "ciudad" dedicada al laboreo de metales supuestamente situada en la zona cordillerana del norte de San Juan. No la hallaron, pero sobre el río Frío, afluente del Valle del Cura al pie del Cerro Las Tórtolas, hallaron un conjunto de construcciones precolombinas. Rogelio Díaz Costa, participante de esa expedición, las describió en dos artículos aparecidos en el diario "La Acción" de esa ciudad (3 y 7 de marzo de 1954). Reproducimos aquí, con pocas supresiones, el texto de los mismos. (Un artículo anterior, del 25 de febrero, detallaba los antecedentes históricos referentes a aquel centro minero, varias veces hallado durante la época colonial, y vuelto a olvidar. Trátase de las legendarias "lambrazas de Soria"). - (N. del D.).

son relativamente grandes, si se comparan con las muchas que existen en distintos lugares de la cordillera, a la vera de los caminos y que son utilizadas por los que viajan por esas regiones a las que se ha denominado "alojamientos". Su altura no pudo ser mucho mayor de la actual, ya que no existen piedras que agregadas a las que forman las construcciones, dieran a las mismas mayor altura. Esta oscila, más o menos, entre 50 y 90 centímetros. Los agentes climáticos las han disminuído un tanto, allegando piedras pequeñas, arena, etc., por lo que es de suponer que antiguamente fueron de más o menos 1,20 metros de alto, con un diámetro de dos metros, estando la abertura de entrada orientada en distintas direcciones, pero con preferencia hacia el centro de un gran espacio pircado que forma una plazuela enmarcada por las pircas.

En su construcción se ha utilizado, en mayor proporción, piedra de la zona, aunque no faltan otras que debieron ser traídas. Tal cosa ocurre, por ejemplo, con una variedad de travertino, uno de cuyos trozos está completamente pulido en una de sus caras, afectando una forma rectangular. Esta piedra debió haber sido bastante grande, posiblemente de 1,60 a 2 metros, pero fue destruida por los buscadores de tesoros que creían hallar junto a ella el legendario "tesoro de Soria". Partes de esta piedra se encuentran en una de las pircas, pero indudablemente fue llevada allí en épocas muy recientes, sin duda con el deseo de aumentar la altura de la misma. La totalidad de las construcciones son circulares, con excepción del espacio pircado que es rectangular y que tiene un tamaño de 10 por 25 metros aproximadamente, bordeado por las pircas, varias de las cuales se hallan fuera de dicha plazuela. Es evidente que estas construcciones han sido utilizadas en épocas no muy lejanas por personas distintas a sus primitivos constructores, las que las han revestido, en su parte interior, con "champas" provenientes de las vegas del río, sin duda con el objeto de hacerlas más abrigadas, cubriendo los intersticios de las piedras. En la base, dejada al descubierto por los buscadores de tesoros que han excavado en su interior, se observan piedras asentadas en capas superpuestas y colocadas en distinta dirección, con el objeto de darles más solidez. No hay vestigio de argamasa de ninguna clase, razón por la que denominamos a las mismas con el nombre genérico de "pirca". En cuanto al espacio pircado, éste no está señalado por murallas de pirca, que es lo habitual en la región del noroeste argentino, sino por piedras

que apenas asoman sobre el piso, el cual también ha sido excavado en algunos lugares. Ignoramos para qué fue utilizado, puesto que es inadmisibile que se emplease para guardar ganado, salvo que en tiempos anteriores hubiese sido más alta, cosa que es de dudar pues no se hallan en el lugar suficientes piedras para demostrarlo, las que pudiesen haber caído con el correr del tiempo.

Diseminados sobre el piso de la plazuela y en el interior de algunas pircas se encuentran trozos de cerámica indígena. Creemos que la misma fue destruida por los agentes climáticos y los infatigables buscadores de tesoros, que por lo general no vacilan en destruir todo, en un afán acucioso de descubrir los "cogotes de guanacos", que constituyen su obsesión, obsesión que es general en la zona montañosa, donde cada habitante tiene el secreto de un "redotero" imaginario, cuya ilusión le tortura y le impulsa a arriesgarse en aquellas desoladas regiones, donde el viento blanco, las nieblas, la nieve, la escarchilla, los guanacos y el frío reinan en una lucha constante y despiadada.

El camino de los indios no está muy bien marcado y se necesita una detenida observación y mirar en perspectiva para casi adivinar una mancha que se prolonga hacia el sur y el norte de las pircas, cuyo piso está bien asentado y es llano completamente.

Probablemente estas pircas se continuaron hacia el sur del sitio en que se encuentran, pero el río Frio, que en ese lugar describe una curva de este a oeste, volviendo hacia el norte, ha ido socavando el terreno, provocando su derrumbe y destrucción. Refirma esta opinión el hecho de que una de las pircas, la más grande de todas, se halla en el borde mismo de la barranca y parte de la misma ha caído al río, el que con el correr del tiempo terminará engullendo a todas. Esta circunstancia hace que sea urgente que las construcciones sean estudiadas detenidamente, fotografiadas etc. antes de que se pierdan como monumento arqueológico.

Volviendo a la pirca que se halla al borde del río, es creencia que en su interior se hallaba el "tesoro de Soria"; hecho que se presta al comentario jocoso, pues es difícil que así fuera, por varias circunstancias: primero, porque el documento que lo ubica señala una casa blanca, y la pirca es negra; segundo, dice que tiene la puerta hacia donde sale el sol y ésta la tiene hacia el sur; tercero, porque expresa que la piedra verde se halla frente a dicha puerta, y a lo que se ve, una piedra grande —que no es verde sino blanca—

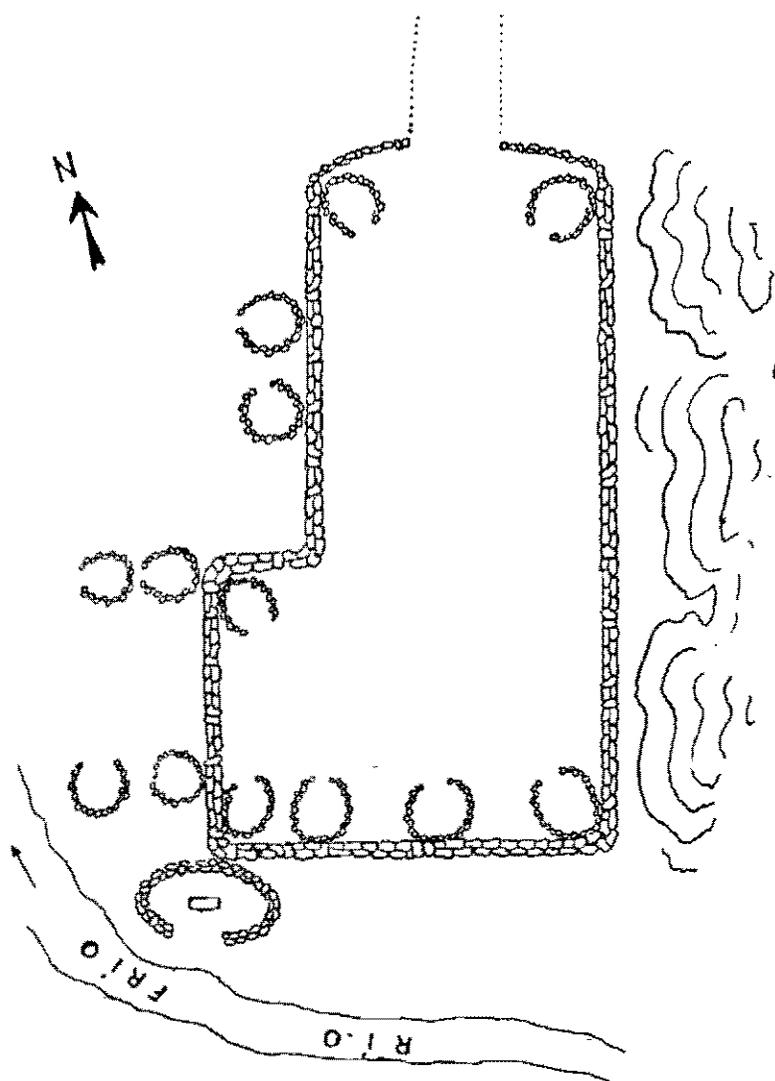


FIG. 1. — La plazuela (de 25 m de fargo) y las construcciones pircadas de Río Frío.

estaba en el interior de la pirca, sin duda para sostener un techo, ya que la profundidad de la pirca es mayor que la de las otras. Aparte de ello el lugar no ha sido habitación permanente —por lo menos lo suponemos— dadas las características de las construcciones. Además, no es posible pese a la transformación que sufren las rocas, que éstas hayan cambiado de color. Finalmente, no debe esperarse que exista tal tesoro, y que si lo hubiere habido en algún tiempo, debió haber sido extraído por los jesuitas que fueron conocedores del mismo o por algunos de los muchos buscadores que desde hace cuatro siglos, se encuentran empeñados en descubrirlos.

Resumiendo, se trata de construcciones indígenas que posiblemente fueron simples paraderos, donde, si alguna vez habitó gente de los pobladores primitivos, no perduró en el lugar. Por otra parte no se trata de construcciones recientes, lo prueba el hecho de que se encuentran semienterradas, aunque pueden haber sido ocupadas luego por mineros, contrabandistas, pastores o simples viajeros. La cerámica allí existente demuestra que alguna vez estuvieron en ellas pobladores indígenas que las dejaron, ya porque se les rompió, ya porque los temporales de la zona les alejaron sin tiempo para recogerlos o por falta de medios para transportarlas. Difieren estas construcciones de las comunes en la cordillera, en que no están constituidas por una pirca central y varias adosadas, por así decirlo, a aquéllas, sino que la totalidad de las mismas son independientes.

Con referencia a las supuestas minas que existirían en el lugar, tales minas no existen y serían las que se encuentran más alto, según lo afirman los baqueanos de la zona. El lugar donde se hallan las pircas no ha sido utilizado para acumular minerales pues no se encuentran desmontes de ninguna clase; no existen marayes ni indicios de ninguna naturaleza que hagan suponerlo.

Se trataría, pues, de construcciones utilizadas como *tambos* por los trabajadores en las minas, únicamente como lugar de descanso, antes de emprender la subida o al descender la cuesta, marcando así una jornada de camino.

Con relación a las minas a que se refieren los documentos históricos, se hallarían mucho más alto y en lugares poco menos que inaccesibles, lo que explicaría el que fuesen abandonadas por los que, en diversas oportunidades, las encontraron; o también, que muchas veces no fuesen vueltas a encontrar, no por que hubieran

cambiado de lugar sino porque el clima violento, los fuertes temporales del cerro Las Tórtolas, hubiese impedido volver al sitio.

De ahí que una expedición encaminada a llegar hasta las mismas, debiera establecer un campamento base en el cerro de La Sepultura, que es el lugar más propicio, y desde ahí extender, en sucesivas etapas, el radio de acción hasta llegar al lugar donde se hallan las construcciones grandes y realizar en ellas detenidos estudios, pues en el caso de temporales se puede volver a la base y aguardar allí hasta que los mismos desaparezcan. Se necesita tiempo y un equipo moderno para poder soportar la altitud y la rudeza del clima.

De cualquier manera es extraño que a tanta altura y en lugares tan inhóspitos la población minera haya perdurado. Posiblemente, si lo hizo, lo fue solamente en la época de verano, pues en la invernal no hay ser viviente que pueda soportar la crudeza del clima y resistir los vientos blancos, las nevadas y el hielo de las altas cumbres.

La cerámica: En ningún caso, los fragmentos hallados exceden los dos centímetros por lado, lo que demuestra hasta qué punto ha llegado su destrucción. Esto quiere decir que tampoco hemos obtenido cerámica que permita identificar las piezas a que pertenecieron, con excepción del borde de un "puco" decorado con una línea de más o menos 6 mm. de ancho, paralelo al borde del vaso, el que posee el característico "pellizco" en la cerámica sobre la línea del borde.

A pesar de ser tan escasos los elementos obtenidos, puede observarse que existen varios tipos: Cerámica pulida roja, sin decoración; cerámica tosca ocre, sin decoración; cerámica pulida, roja por fuera y blanca por dentro, decorada con motivos zoomórficos estilizados.

Al primero de estos tipos corresponde el trozo de "puco". Ya se sabe que puco es una especie de fuentecilla cilíndrica-cónica de base chata más pequeña que su boca, que se utilizaba para fines domésticos generalmente para beber o comer, o para usos ceremoniales. El trozo a que nos referimos es de cerámica roja, muy bien pulido y de perfecta cocción y la decoración, consistente en una línea, como ya se dijo, de color gris pizarra. Su tamaño, a juzgar por el resto obtenido, debió ser de unos 10 a 12 centímetros de alto

y tener un diámetro en la boca de 20 a 24 cm más o menos. El reborde tiene 5 milímetros en su parte más elevada.

Este tipo de cerámica es común en el noroeste argentino y no ofrece motivo alguno de curiosidad*.

Al segundo tipo: Cerámica roja pulida sin decoración, corresponden varios pequeños trozos. No podríamos afirmar que no estuviera decorada, pues los restos son parte de otras piezas más grandes, pero de los varios recogidos, ninguno tiene muestras, por pequeñas que sean, de haber estado decorada. Se trata de una cerámica roja pulida, bien cocida y que conserva inalterado el color con que la señalamos.

La cerámica ocre, tosca, sin decoración, es común en toda la región de Iglesia, Jáchal, Calingasta, y en fin, en todo San Juan. La hay más gruesa también, pero en todos los casos está bastante bien cocida. No muestra decoración alguna, ni se pueden identificar las piezas a que corresponden, pero evidentemente es la que podíamos llamar "de batalla", de grandes tamaños.

En cuanto a la cerámica pulida, roja por fuera y blanca por dentro, con decoración zoomórfica, constituye una pieza verdaderamente notable por su pureza. Tanto en su preparación como en la ornamentación. La cocción es perfecta y las tintas utilizadas han perdurado por varios siglos sin alterarse. Tanto es ello que parte de la cerámica ha saltado sin que observe modificación alguna en la cerámica ni en la decoración. Podríamos decir que corresponde al tipo de vasos engobados, y hasta es de suponer que fue brillante, pero los agentes climáticos, particularmente los vientos que arrastran gran cantidad de arena, le dieron cierta opacidad que no afecta, sin embargo, la perfección de la pieza. Ignoramos la forma de la vasija a que perteneció, pero indudablemente debió ser pequeña. Por fuera era roja y blanca por dentro, y sobre el fondo blanco se ha dibujado, estilizado, un camélido. Debe haber habido varios de estos motivos. La cerámica blanca superior, tiene un espesor de menos de medio milímetro, mientras que la parte roja pulida alcanza a medio milímetro. El trozo en total tiene 7 mm de espesor y no hay signos —como suele ocurrir— del método empleado, ya sea espátula, ya la propia mano limpia, para darle forma.

Un trozo similar, del mismo tipo, con la misma decoración,

* Corresponde, lo mismo que el siguiente, al horizonte Inca. - (N. del D.).

hemos encontrado en Angualasto, en la profusa cerámica que se halla sobre la superficie de los barreales y aún a ambos lados del camino que conduce desde esta localidad a Colangüil.

Quizás una recolección detenida y minuciosa de la cerámica existente en las pircas de Río Frío, que no se pudo hacer a causa del mal estado del tiempo, permita encontrar otros motivos de interés. De cualquier manera queda demostrado que en el lugar fue utilizada una cerámica delicada y una grosera que no fue confeccionada en la zona, sino que fue llevada a aquel sitio, donde ha sido destruida.

Es posible que la misma cerámica se halle en las construcciones que, según los baqueanos, se encuentran más al sudoeste, ya sobre las faldas del cerro de Las Tórtolas. Si en aquéllas se encontrase cerámica incaica, podría decirse que realmente hubo población peruana.

Sin embargo, debe recordarse que aunque la documentación histórica dice que los peruanos trabajaron minerales de oro y plata en la alta cordillera sanjuanina, no consta que todos los operarios fuesen de esa nación. Bien es cierto que los diaguitas fueron tributarios de los Incas, y que las construcciones de la alta cordillera pudieron ser construidas por ellos bajo la dirección de los peruanos. En ese caso habría que observar si los incas hicieron construir de acuerdo a su estilo arquitectónico o adaptaron el regional, todo lo cual agregaría grandes motivos de interés a una nueva visita a la zona para poder localizar esas ruinas.